

La sangre circula rápidamente por mis venas, el silencio aterrador que reinaba junto á mí, se ha roto por fin.

Otra vida se ha convertido en la mía, respiro por el pecho de otro, y el golpe que le hiriese me mataría.

¡Y entre tanto si mi presentimiento me engañara, si Teodoro fuera realmente un hombre como todos creen!

¡Oh! es una cosa en la cual no quiero pensar, porque me volvería loco. Si yo llegase á saber con certeza que Teodoro no es una mujer... ¡Oh! no se si dejaría de amarle.



IX

Las dudas indicadas por Alberto en la carta á su amigo Silvio que acabamos de transcribir, aquella mezcla de horror y de confianza al mismo tiempo que demuestra, tienen su explicación en la siguiente carta escrita por Teodoro algún tiempo antes de su encuentro con Alberto.

Dice así:

Mi querida amiga: Razón tenías al pretender disuadirme del proyecto que concebí de ver los hom-

bres y de estudiarlos á fondo antes de dar mi corazón á ninguno de ellos.

He extinguido yo misma el amor en mí y hasta la posibilidad de amar.

Inocentes criaturas como somos, educadas con tanto cuidado y tan estrechamente rodeadas de un triple muro de precauciones y de reticencias, que no se nos permite ni oír nada, ni suponer nada y cuya principal ciencia es la de ignorarlo todo, en extraños errores vivimos y cuán pérfidas quimeras son las que nos mecen entre sus brazos!

¡Ay!, querida Graciosa, maldito sea el momento en que se me ocurrió la idea de este disfraz. Que de horrores, que de infamias y que de groserías he presenciado como testigo y que tesoro de casta y preciosa ignorancia he despilfarrado en poco tiempo!

¿Te acuerdas de aquella noche que nos paseábamos, al resplandor de la luna, por el fondo del jardín en aquella alameda triste y poco frecuentada?

Una aroma de juventud producido por las emanaciones de las nacientes plantas llegaba hasta nosotros desde el parque con los débiles soplos de una brisa suave.

Nosotras como verdaderas jóvenes hablábamos de amor, de galanterías, de matrimonio, del hermoso caballero que habíamos visto en la iglesia; cada una aportábamos á nuestra conversación lo poco de nociones del mundo y de las cosas que podíamos tener; dábamos cien vueltas á una frase que por casualidad habíamos escuchado y cuya significación verdadera ignorábamos.

¡Que de poesía primitiva, que de adorables tontearías en aquellas furtivas entrevistas de dos inocentes que la víspera habían salido de la pensión!

Tú querías por amante un joven valiente y atrevido, con el bigote y el cabello negro, con grandes espuelas, grandes plumas, gran espada, una especie de mata moros enamorado, y cañas de lleno en lo heroico y en lo triunfante.

Muy cómico era ver una criatura como tú, entonces rubia, delicada, ruborosa, llorando de miedo al menor ruido que oías, esperarle con aquella valentía y mostrarte con el aire más marcial del mundo.

Yo, aunque no tenía sino seis meses más que tú, era seis años menos novelesca.

Una cosa me inquietaba especialmente, que era saber lo que los hombres se decían entre sí y lo que hacían cuando salían de los salones y de los teatros.

Presentía en su vida muchos puntos oscuros, cuidadosamente velados á nuestras miradas, y que nos importaba mucho conocer.

Algunas veces, oculta tras una cortina, espiaba de lejos los caballeros que venían á casa y me parecía descubrir en su aspecto algo de innoble y de cínico, una insustancialidad grosera ó una preocupación que ya no observaba una vez que habían entrado y de la cual parecían despojarse como por encanto en el dintel de la puerta.

Todos, así los jóvenes como los viejos, me parecía que adoptaban uniformemente una máscara

convencional de sentimientos y de lenguaje cuando estaban delante de las señoras.

Desde el ángulo del salón donde estaba derecha como una muñeca, escuchaba, miraba, mis ojos estaban bajos, pero sin embargo yo lo veía todo.

Entonces advertí la notable diferencia con que hablaban los hombres cuando se dirigían á nosotras ó á las señoras casadas.

Su lenguaje con estas últimas era más libre, las reticencias más claras y se comprendía perfectamente que entre ellas había un elemento común que no existía entre nosotras, y no se lo que hubiera dado por saber cual era este elemento.

¡Con que ansiedad y con que ira seguía yo con la vista y con el oído aquellos grupos de hombres que paseaban por nuestros jardines y que comprendía que se iban burlando de lo mismo que pocos momentos antes nos habían dicho!

No oía sus palabras pero adivinaba en el movimiento de sus labios, que pronunciaban frases de una lengua que yo desconocía y que jamás se habían pronunciado delante de mí.

Con frecuencia, comprendía por ciertos gestos, por indicaciones más ó menos acentuadas, que en alguna de aquellas conversaciones se trataba de mí y que se ocupaban de mi edad ó de mi figura.

¡Cuanto hubiera dado por satisfacer mi curiosidad y como me desesperaba el no conseguirlo!

Si yo hubiera tenido un amante, habría querido conocer como hablaba de mí á otros hombres, y en que términos se habría vanagloriado de su buena

fortuna entre sus camaradas de orgía, con un poco de vino en la cabeza y los codos apoyados sobre la mesa.

Hoy lo sé y en verdad que estoy arrepentida de saberlo. Siempre sucede lo mismo.

Mi pensamiento era loco, pero lo hecho, hecho está, y ya no se puede censurar lo mismo que se acogió con satisfacción.

No quise escucharte, querida Graciosa, y me arrepiento.

La maldita manzana estaba siempre ante mi vista destacándose entre las hojas, y era necesario concluir por morderla aun cuando después hubiera de arrojarla, si su sabor me parecía muy amargo.

Hice como Eva, mi querida abuela, y mordí.

La muerte de mi tío, el único pariente que me quedaba, me dejó completamente libre y ejecuté lo que ya estaba soñando hacía mucho tiempo.

Había tomado mis precauciones para que nadie pudiera dudar de mi sexo. Aprendí á tirar la espada y la pistola, montaba á caballo con un atrevimiento y una destreza que más de una *ecuyere* me habría envidiado; estaba estudiando entonces la manera de llevar la capa y en pocos meses conseguí hacer de una joven á quien se encontraba bastante linda, un caballero mucho más hermoso y al cual no faltaba nada más que el bigote.

Realicé lo que tenía pensado y salí de la ciudad decidida á no regresar á ella sino con la experiencia completa.

Era el único medio de esclarecer mis dudas.

Tener amantes no me habrían enseñado nada, ó por lo menos no me hubiesen dado sino detalles incompletos y como yo quería estudiar al hombre á fondo, anatomizar fibra por fibra con un escalpelo inexorable, y tenerle vivo y palpitante sobre mi mesa de disección, para esto tenía que presentármeme una circunstancia que no era fácil que ocurriera.

Con mi disfraz, podía ir por donde me diera la gana, seguirle en el paseo, en las tabernas, ó donde quiera pue fuese.

Verdaderamente es una cosa que asusta como ignoramos la vida y conducta de aquellos que parecen querernos y á los cuales queremos también.

Su existencia real nos es tan perfectamente desconocida, como si habitaran en otro planeta.

Diríase que son de una especie distinta, que no hay el menor lazo intelectual entre los dos sexos, y las virtudes del uno, provocan los vicios del otro, y lo que causa admiración en el hombre, hace avergonzar á la mujer.

Nuestra vida está tan clara, que se puede seguir paso á paso; de la casa al colegio y del colegio á la casa; lo que hacemos no es un misterio para nadie, cualquiera puede ver como hacemos algunos malos dibujos, saben los colores que elejimos para las zapatillas que estamos bordando para el santo de nuestros padres y no hay nada en ninguno de nuestros actos que pueda permanecer oculto.

Vamos siempre cosidas á las ropas de nuestras madres, y á las nueve ó á las diez nos recogemos

en nuestras celdas, donde quedamos encerradas hasta el día siguiente.

El cristal más limpio no tiene la trasparencia de una vida semejante.

El que nos elige sabe todo lo que hemos hecho y lo que hacemos.

Nos está prohibido tomar la palabra, mezclarnos en la conversación de otro modo que para responder si ó no, si se nos interroga, y á fuerza de querer impedirnos que seamos románticas se nos convierete en idiotas.

Yo había enviado mi caballo y mis trajes masculinos á una pequeña granja que poseo á alguna distancia de la ciudad, allí me vestí, monté á caballo y partí no sin sentir una gran opresión en el corazón.

No echaba de menos que detrás de mí no quedaba nada, ni parientes, ni amigas, ni un perro, y sin embargo estaba triste y las lágrimas temblaban entre mis párpados.

En aquella granja había dejado con mi traje mi título de mujer, en la habitación donde hice mi *toilette* quedaban encerrados veinte años de mi vida y sobre la puerta hubiera podido escribirse: «Aquí yace Magdalena de Maupín» porque en efecto yo no era aquella, sino Teodoro de Serannes y todo el mundo debía ya llamarme con este nombre.

Multitud de pensamientos me asaltaban, los recuerdos de mi pasado, parecían salirme al paso para impedirme que continuara, y como que al mismo tiempo, tan obscuro y tan incierto se me ofrecía el

porvenir, tuve verdaderos momentos de vacilación, viéndome obligada á hacer un gran esfuerzo, fustigar al caballo, y como que la culebra de la curiosidad seguía mortificándome á mí, en medio de mis vacilaciones, caminé horas y horas hasta que ya cerrada la noche llegué á la población donde había de pernoctar.

Entré en la posada del León Rojo, entregué el caballo á un mozo, y me dirigí á la cocina.

Una enorme chimenea en la cual ardía un haz de leña, se destacaba en el fondo; dos perros tendidos uno á cada lado del fuego, se dejaban tostar con la mayor indiferencia, y mi presencia no debió causarles mucho placer, porque gruñían y me miraban de un modo que nada bueno me anunciaba.

El posadero se aproximó para preguntarme lo que quería cenar, y una vez que se lo hube dicho dió las disposiciones necesarias, y las dos criadas de la posada, empezaron á remover la vajilla, y á prepararlo todo para la cena.

Varios caballeros entraron en la posada, porque del mismo modo, que á mí, la tempestad, la noche, y quizás el cansancio, les habían impedido continuar el viaje.

Todos eran jóvenes, el mayor de fijo que no tenía treinta años. Por sus trajes, se comprendía que pertenecían á la clase superior, y la facilidad insolente de sus maneras, acaban de ratificarlo.

Uno ó dos de ellos, tenían figuras interesantes, pero, los otros demostraban en mi agrado, más ó menos fuerte, esa especie de jovialidad ventral, y

de franca insustancialidad que los hombres tienen entre sí, y de la cual se despojan por completo cuando están en nuestra presencia.

Yo sin decir nada, permanecí allí con los brazos cruzados, contemplando el pollo que estaba en el asador, cuando el más joven de aquellos caballeros se me aproximó, y dándome un golpe en el hombro, que me hizo exhalar un grito involuntario, me preguntó si quería cenar con ellos, en vez de hacerlo solo, puesto que estando juntos se podía beber mejor.

Inútil es decir que acepté, y poco después, todos estábamos reunidos á la mesa.

Según pude comprender por algunas frases que se les escaparon, se dirigían á la corte, donde debían reunirse con otros amigos.

Yo les dije que era un hijo de familia que acababa de salir de la universidad, y que iba á reunirse con mis parientes, por el verdadero camino de los estudiantes, es decir, por el más largo.

Esta contestación les hizo reír, y después de algunas bromas, respecto á mi aire inocente y cándido, me preguntaron si tenía alguna querida.

Con mi respuesta negativa, tuvieron mucho motivo para reír.

Como las libaciones, se sucedían con bastante rapidez, aún cuando yo procuraba dejar mi vaso casi lleno siempre, sentía la cabeza un poco pesada, y como no perdía de vista mi idea, procuré que la conversación recayera sobre las mujeres.

Mis compañeros no estaban borrachos precisa-

mente, pero comenzaban ya á entrar en las discusiones morales, y uno de ellos había pasado su brazo, al rededor del cuerpo de una de las criadas, é inclinaba la cabeza sobre ella, demasiado amorosamente. Otro juraba que si Juanita no le dejaba darle un beso en cada una de aquellas manzanas rojas que le servían de mejillas, era capáz de hacer un disparate, y Juanita no queriendo que sucediera alguna desgracia, se dejó besar de buen grado, y no detuvo una mano que se insinuaba audazmente entre los pliegues de su corpiño, cambiando algunas palabras en voz baja con el caballero, tras las cuales éste la dejó libre.

Si yo no lo hubiese visto, no pudiera creer nunca que unos caballeros tan elegantes, se permitiesen semejantes familiaridades con las criadas de una posada.

—Señores;—decía otro de ellos,—quiero confiaros mi gran secreto, soy víctima de una pasión.

—Eso es grave;—dijeron los otros,—eso puede degenerar en lúgubre. ¿Y que haces tú de una pasión?

—Es una mujer honrada caballeros, y cuidado de reirse de lo que digo; ¿porque no había yo de encontrar una mujer honrada?... Cuidado;—prosiguió dirigiéndose á uno de sus compañeros que se reía. —Acaba de reírte ya. ¿No lo has oído? Si no concluyes te tiro la mesa por la cabeza.

—Bueno; y qué,—repuso el otro.

—Ella está loca por mí, es el alma más hermosa del mundo, y cuidado que yo soy inteligente en al-

mas, tanto por lo menos como en caballos, y, os garantizo que es un alma de primera calidad. ¡Qué de elevaciones, qué de extásis, qué de abnegación que de refinamientos de ternura! todo lo que se puede imaginar de más trascendental, pero amigos míos, la pobrecita no tiene pecho, es tan lisa como una niña de quince años, por lo demás es muy bonita, su mano es fina, y su pié pequeño, tiene mucho talento, pero muy poca carne, y casi me dan ganas de plantarla, ¡que diablo, uno no está para acostarse con los espíritus! Compadecedme amigos míos, soy muy desgraciado.

Y enternecido por el vino que había bebido, se le saltaron las lágrimas.

—Juanita te consolará de la desgracia de dormir con Sifides,—le dijo su vecino llenándole el vaso, —su alma es tan espesa, que se podrían sacar muy bien cuerpos para las otras, y tiene bastante carne para satisfacer el hambre de un elefante.

¡Oh! pura, y noble mujer, si tu supieras lo que se dice de tí, en una posada, y delante de personas á quien no conoce el hombre, á quien tu amas, y á quien todo lo ha sacrificado, si alguno pudiera decirte que tu amante, veinte cuatro horas después de haberte dejado, cortejaba una innoble criada, y que se había arreglado para pasar la noche con ella, habrias sostenido que era imposible!

La conversación duró algún tiempo todavía, pero siempre bajo el punto de vista completamente libre y descarado; pero á través de todas las exageraciones cómicas, y de los chistes groseros, se per-

cibía un sentimiento verdadero y profundo de completo desprecio respecto á la mujer, y yo aprendí más durante esta velada que leyendo las obras de los mejores moralistas.

Una vez terminada la cena, fué cuestión de acostarnos, pero como el número de individuos era doble que el de camas, hubo necesidad de que se acostaran dos en cada una.

La cosa era muy sensible para mis compañeros, pero yo no estaba en el mismo caso.

La sobrevesta y el colete, podían disimular un poco la redondez de mi pecho, pero, ¿como era posible que este disimulo continuara desde el momento en que me quedara en paños menores? Afortunadamente el individuo conque yo debía compartir el lecho, cayó como un tronco en la cama, y nada era capaz de hacerle despertar.

Yo me acomodé como pude en el otro extremo de la cama, y bien puedo asegurarte que no dormí en toda la noche.

Lo extraño de mi situación, y tal vez el pequeño exceso que había hecho en la bebida, pudieran tener su parte en aquella sobreexcitación, que por algún tiempo me tuvo, si he de serte franca, al borde del precipicio.

Felizmente pude dominar aquella súbita efervescencia, y no pude menos de reflexionar después, sobre lo que á veces representa la virtud de las mujeres.

Por fin amaneció; y no puedes imaginarte con cuanto placer ví dibujarse en los cristales de la

ventana de nuestro cuarto, los primeros resplandores del día.

Las tinieblas, aquel hombre que dormía cerca de mí, la soledad, todo había hecho nacer en mí, no se que ideas extrañas, que deseos desconocidos, que de curiosidad por saber... En fin, pude vencer aquella crisis, y te aseguro que no pude menos de enorgullecirme por la victoria que sobre mi misma había obtenido.

Mi compañero seguía durmiendo en el suelo, donde había rodado desde la cama, yo me apresuré á vestirme, y á poco entraron sus amigos, le despertaron, ensilláronse los caballos, y á poco salíamos de la posada.

Aquí hago alto por hoy, y en otra ya te referiré el resto de mis aventuras. Quiéreme como yo te quiero, querida Graciosa, y te ruego que no formes mala opinión respecto á mi virtud, á pesar de lo que te acabo de referir.

